

CARMEN KORN

LAS CUATRO AMIGAS

HIJAS DE UNA NUEVA ERA III

Una emocionante saga sobre cuatro mujeres que se enfrentaron
a los momentos cruciales del siglo XX con la fuerza de su amistad



Hamburgo, 1970. Henny celebra su cumpleaños rodeada de su familia y de sus inseparables amigas. El hilo de la complicidad que unía su vida con la de Käthe, Lina e Ida continúa ahora en las nuevas generaciones: Florentine, la modelo que regresa de París con una inesperada noticia; Katja, que sueña con fotografiar conflictos por todo el mundo; y Ruth, que lucha por liberarse de una relación tormentosa. Todas ellas, como ya hicieran sus madres y sus abuelas, comparten la felicidad y la desgracia, los momentos aparentemente triviales y aquellos que determinan sus destinos.

Son años de grandes acontecimientos: el pueblo alemán está dividido, la guerra de Vietnam aterra a medio mundo, se expande un renacido extremismo y la caída del Muro de Berlín señala el fin del miedo. La amistad que forjaron cuatro amigas sirvió de inspiración para que sus hijas alcanzaran su lugar en el mundo y alumbró el destino de tres jóvenes en el inicio de una nueva época.

Las cuatro amigas es la tercera y última entrega de la trilogía *Hijas de una nueva era*, una emocionante saga sobre la libertad, el amor y la valentía que narra la fascinante historia del siglo XX a través de una generación de mujeres que luchó por superar las circunstancias que les tocó vivir.

*A Maris, Paul, Michael, Hannah
y todos los niños que están por venir.*

Índice de personajes

HENNY Y SUS FAMILIARES

Henny Unger, de soltera Godhusen: Nació en 1900, y a lo largo de su vida ha tenido cuatro apellidos distintos; sin embargo, tras su matrimonio con Lud Peters, que murió joven, y su divorcio de Ernst Lühr, ha encontrado la felicidad junto al médico Theo Unger. Aunque ya no trabaja de comadrona en la Finkenau, echa una mano a su hija Marike en su consulta de ginecología.

Theo Unger: Nació en 1892. En su día una botella de cúmél Helbing impidió que el joven médico y la comadrona acabaran juntos, y fue otro el que se convirtió en el primer amor de Henny. Ahora Theo Unger es feliz no solo por tener por esposa a Henny, sino también por haber recibido el regalo de una familia.

Marike Utesch, de soltera Peters: Hija de Henny y Lud; nació en 1922. Tras la jubilación de Theo, lleva sola la consulta que compartían en la Neuer Wall. Está casada con Thies Utesch, su amor de la infancia, desde diciembre de 1945, y tienen dos hijos, Katja y Konstantin.

Katja Utesch: Hija de Marike y Thies Utesch; nació en 1950. Su novio, Karsten Jentzsch, ha apodado a Katja «*la Fierecilla*», si bien ello solo es verdad en parte. Sí, Katja sabe lo que quiere, aunque muestra una curiosa indecisión en la re-

lación que mantiene con Karsten. Está loca por él, pero la bravuconería y la virilidad de que presume el chico cada vez la sacan más de quicio.

Konstantin Utesch: Es el hermano pequeño de Katja; nació en el año 1962, y, aunque aún es un niño, acabará convirtiéndose en un joven con mucha determinación.

Klaus Lühr: Hijo de Henny y su segundo marido; nació en 1931. «Cuando cae la noche», su programa en la NDR, ya es toda una institución. A los diecinueve años se enamoró del pianista de jazz Alex Kortenbach, quien perdió a toda su familia en la tormenta de fuego que asoló Hamburgo cuando él vivía en Argentina; aunque sigue llevando esa pesada carga, la familia de Klaus ya es la suya desde hace tiempo.

LINA Y SUS FAMILIARES

Lina Peters: Nació en 1899. La que en su día fue maestra ahora es una de las propietarias de la librería Landmann. Que su hermano pequeño Lud en su corta vida le regalase no solo una cuñada, sino también una sobrina y un sobrino, es algo que Lina agradece profundamente.

Louise Stein: Nació en 1901; es la compañera sentimental de Lina desde hace ya muchos años. Por entonces la hora del cóctel delante de la ventana abierta de la buhardilla en la que viven era una tradición festiva, pero ahora Louise bebe a menudo, no solo en los momentos alegres.

Momme Siemsen: Socio de Lina y de Louise en la librería; nació en 1912. Sigue viviendo satisfecho junto a su mujer Anni y sus tres hijas en la que en su día fue la pensión de Guste, a la que llegó para trabajar de aprendiz de librero en Hamburgo.

IDA Y SUS FAMILIARES

Ida Yan, de soltera Bunge: Nació en 1901, y la mimada señorita Bunge probablemente no imaginaba los giros que daría su vida. Ida ha encontrado el amor en el comerciante Tian Yan, de padres chinos, y a unas amigas para toda la vida en Henny, Käthe y Lina. Los Yan viven desde hace años en casa de Guste, junto a la familia Siemens.

Guste Kimrath: Nació en 1887 y, durante décadas, abrió las puertas de la casa que heredó en la calle Johnsallee a aquellos que buscaban un refugio, y a todos les ofreció algo más que una pensión. Esta gran mujer, poseedora de un corazón enorme y una mente abierta, es una persona importante no solo para las dos familias que viven con ella.

Florentine Yan: Nacida en 1941, la hija de Ida y Tian es una cotizada modelo internacional desde hace ya tiempo. En su día amó a dos hombres, Alex Kortenbach y el técnico de sonido Robert Langeloh, pero ya se ha dado cuenta de que Alex nunca podrá ser suyo y de que, pese a todos sus amós, lo que siente por Robert es sincero. Lo llama cariñosamente «*husky*», por el color de sus ojos: uno verde y el otro azul, de cristal, que lleva desde que lo hirieron en la guerra.

KÄTHE Y SUS FAMILIARES

Käthe Odefey, de soltera Laboe: Nació en 1900; era la vecina de Henny, quien es ahora su mejor amiga. Debido a su ideología comunista, durante la guerra Käthe estuvo internada en un campo de concentración del que consiguió volver tras un gran periplo.

Rudi Odefey: Nació en 1900; es el marido de Käthe. De gustos refinados, a veces apenas es capaz de creer que ame desde 1919 a una mujer a la que no le gusta la poesía.

Sin embargo, para él Käthe sigue siendo la muchacha sensual de la que se enamoró perdidamente en su día.

Ruth Odefey: Nació en 1944 y quedó huérfana muy temprano; llegó a la vida de Käthe y Rudi cuando tenía seis años. Ahora Ruth es una joven seria, pero a menudo también un enigma incluso para sus padres adoptivos y sus mejores amigas, Katja y Florentine, como es asimismo un enigma el funesto amor que le profesa a Andrés Bing.

Marzo, 1970

Käthe tomó un poco de carrerilla y saltó. Ya en la otra acera, pareció quedarse sin aliento un instante, pero acto seguido saludó con la mano a Henny y volvió a saltar. Fue a parar a los brazos de su amiga, que la abrazó con alivio. Ocho saltos desde casa de una hasta casa de la otra. Un juego al que jugaban cuando eran pequeñas, antes, cuando podían verse desde la ventana de sus respectivas cocinas.

—Todavía soy capaz —afirmó Käthe con voz de júbilo.

Los coches redujeron la velocidad, no fuera a ser que la chiflada esa no dejara de saltar como un canguro. Los transeúntes volvían la cabeza para mirar a las dos mujeres y se reían, se quedaban asombrados. A la vejez, viruelas.

Era el primer domingo de un marzo cuyo cielo había estado encapotado hasta ese momento. ¿Por eso estaban de tan buen humor Henny y Käthe?

—Salta tú —propuso Käthe.

Henny negó con la cabeza, las suaves ondas rubias le caían por el rostro; Käthe, en cambio, tenía el cabello negro y vigoroso. Las dos contaban con ayuda, se teñían con el tinte de Wella. Las canas se las dejaban a sus respectivos maridos.

—Prefiero ser la que te coge —respondió Henny.

—No me extraña, la verdad es que esa falda que llevas es rígida y muy ceñida. —Käthe se estiró el vestido de punto, que le asomaba por debajo del chaquetón de tres cuar-

tos—. El mío da de sí. Me niego a dejar que la ropa me estorbe.

Se alegraban de seguir estando delgadas. Henny cumpliría setenta años a finales de ese mes, los mismos que el siglo, y Käthe los tenía ya desde enero, aunque mentalmente se sentían más jóvenes; ¿dónde se había detenido el tiempo?

—¿Vamos por la Finkenau? —sugirió Käthe—. ¿Para honrar nuestro antiguo lugar de trabajo?

—Demasiados recuerdos para mí, con la casa de nuestros padres tengo bastante por hoy —repuso Henny—. Mejor vamos directas a casa de Lina, anda.

Lina, la hermana del primer marido de Henny. Tras la prematura muerte de Lud, su cuñada había seguido siendo amiga suya.

—¿Estará también Ida? Creía que tenía intención de ir a París a ver a su hija, la desaparecida.

—Florentine vendrá a Hamburgo la semana que viene.

Henny se volvió y miró una vez más la casa donde había pasado su infancia y su adolescencia, y en la que había vuelto a vivir cuando las bombas que cayeron en julio de 1943 arrasaron la suya propia. En el segundo piso se movió un visillo en la ventana, como si allí estuviera su madre, que pronto haría cuatro años que había fallecido.

—En mayo inauguran Karstadt —comentó Käthe cuando entraron en la calle Hamburger. Miró los grandes almacenes que se alzaban allí—. Una mole de cemento. Bonito no es, desde luego.

—No empieces con lo de que antes todo era mejor.

—Yo sería la última persona que haría eso, pero no puedo evitar pensar en los viejos almacenes Karstadt. ¿Te acuerdas? ¿La orquesta de baile en la azotea?

Qué grato resultaba ver la casa de dos plantas que se alzaba a orillas del canal, intacta desde hacía siete décadas en la calle Eilenau, en cuya buhardilla vivían Lina y Louise. Ladrillo rojo, estuco blanco. La ventana de tres hojas estaba

abierta de par en par ese día de clima suave. ¿Oirían desde allí arriba a Käthe, que había empezado a cantar una cancioncilla?

*La primavera ha llegado, el gorrión pía,
las campánulas nos regalan su perfume.
Estoy enamorada de un hombre
y no sé de cuál.*

Henny miró a su amiga con una sonrisa. La voz cascada, que Käthe había conservado tras los años de la guerra, le daba un aire sensual.

—¿Has engañado a tu marido alguna vez?

—Ni tan siquiera le he guiñado un ojo a otro. No creo que haya nadie más irresistible que Rudi.

Las risitas seguían cuando llegaron delante de Lina, que les abrió la puerta para que entraran a pasar la tarde.

—*Éclairs*. —Käthe salivaba de puro placer al ver los pastelitos de chocolate en la mesa, que estaba puesta para cinco personas. El mantel de vainica, la porcelana antigua buena de los padres de Louise, las jarritas de cristal con nazarenos azules y margaritas rosa. Una bandeja de varios pisos llena de *éclairs* y otras delicias dulces.

A Käthe le gustaba la pastelería francesa. En sus primeras citas, Rudi la llevaba al hotel Reichshof, le leía poemas y le pedía *petits fours*, poco después de que terminara la Primera Guerra Mundial. El hecho de que consumiera esos pastelitos era, según la madre de Henny, una traición a la patria.

—Lina y yo hemos redescubierto cómo se llamaban antes los *éclairs*: *petisús* —contó Louise.

—Ya nadie sabe lo que es eso —apuntó Ida.

—Y ese nombre no tiene nada de erótico —añadió Käthe.

—Käthe tiene la primavera metida en la sangre. En la calle se ha puesto a cantar una canción de *El ángel azul*. ¿No la habéis oído?

Ida se sentó junto a Käthe.

—A ver si se me pega algo de tu frivolidad.

—¿Es que te hace falta?

—Necesito algún cambio. Por dentro y por fuera. Tian es terco, no quiere ni oír hablar de cambiar el papel pintado o retapizar las butacas. En el piso de nuestra hija todo es rabiosamente moderno y sexy. ¿Cómo es esa canción de *El ángel azul*?

Käthe sonrió.

—Henny me ha dicho que pronto vendrá Florentine.

—Ya iba siendo hora. No la vemos desde Año Nuevo —repuso Ida.

—¿Sigue con ese novio suyo? —preguntó Lina con interés.

—Sí. Robert tiene mucha paciencia.

—La quiere mucho —dijo Lina.

Ambas cosas eran ciertas en el caso de Robert.

—Florentine cumple treinta años el año que viene. —Ida cogió una tartaleta de fruta de la bandeja. Probablemente tuviera pocas calorías.

—Acaba de cumplir veintinueve —precisó Henny—. ¿Es que la quieres casar? Los tiempos han cambiado.

—Ni en sueños piensa casarse. Y tampoco quiere tener hijos, y eso que a Tian y a mí nos encantaría tener nietos.

Henny profirió un suspiro de dicha: tenía una nieta y un nieto, era la única abuela dentro del círculo de amigas.

Ida la miró.

—Tú no puedes quejarte —comentó.

Henny se encogió de hombros. Casi se sintió culpable.

Era un día de primavera cálido, incluso en París. Florentine se había quitado el largo y holgado abrigo de invierno y se

había acomodado en una de las sillas de mimbre del café Les Deux Magots. Jean la miraba, una mirada larga que descansó en su vientre, ligeramente abultado.

—No quería creer los rumores. Y, dime, ¿quién es el afortunado padre?

—Es de Hamburgo y no tiene nada que ver con la moda.

—¿Un secreto?

—Sí. —Florentine sonrió.

Con Jean, el fotógrafo de Luxemburgo, había trabajado por primera vez hacía diez años, cuando empezaba como modelo. ¿Por eso sentía allí, en esa terraza, una familiaridad que hizo que no rechazara su propuesta ante esa mesa en la que, instantes después, el camarero les sirvió dos tazas de café con leche?

—Déjame que te haga unas fotos y se las ofrezca a *Paris Match*. Con algún vestido ceñido supersexy. Al director de arte le entusiasmará ver a Florentine Yan con barriguita. Conozco a alguien que me podría conseguir un estudio para los próximos días en este barrio.

Florentine se tomó su tiempo para desenvolver el azucarillo del papel.

—¿De verdad quieres hacerlo?

—Lo importante es que quieras tú. ¿O crees que a tu hombre misterioso no le gustaría? ¿Pensáis casaros?

—Ni en sueños pienso casarme —aseguró ella, repitiendo en París lo que su madre acababa de decir en Hamburgo—. Me da igual lo que opine él.

—Vaya con las mujeres emancipadas. —Jean se levantó—. Llamaré a la redacción.

La idea de fotografiar a Florentine como futura madre le resultaba electrizante. Se sacó unos francos del bolsillo del pantalón y desapareció en el interior del café para ir a una de las tres cabinas telefónicas que había en la planta de abajo.

Florentine contempló el *boulevard* Saint-Germain y, durante un instante, la asustó su coraje. No quería que sus padres se enterasen de que iban a ser abuelos por una revista, y tampoco era justo para los dos hombres a los que amaba.

Desmigajó la galletita que le habían servido con el café y se la dio a los gorriones, que daban saltitos alrededor de la mesa. ¿Publicaría *Paris Match* las fotos deprisa y corriendo? No. Antes de que las imprimieran, ella viajaría a Hamburgo y daría a conocer su embarazo. Aunque su intención era seguir ocultando, tanto a su familia como a Robert, que este no era el único padre posible del niño.

Jean volvió a la mesa con cara de que le había tocado la lotería.

—Lo quieren para la próxima edición. Se les han caído dos dobles páginas sobre la película esa de Ali McGraw, *Love Story*.

La cosa tomaba impulso.

Ida volvió a la Johnsallee poco antes de las once. En la casa reinaba el silencio, probablemente ya se hubiesen ido todos a la cama; solo había luz en su dormitorio. Cuando entró, Tian se incorporó y dejó el libro en la mesilla de noche.

—¿Lo habéis pasado bien en casa de Lina?

Ida miró a su marido.

—Me ha sentado bien pasar la tarde allí —respondió.

—Me alegro de que haya terminado siendo una velada agradable. —De haber llegado él tan tarde a casa, Ida le habría montado un numerito; a ese respecto él siempre había sido más generoso—. Ha llamado Florentine. Tiene ganas de vernos. Y a Robert también.

—Vaya, menos mal. ¿Y tu dolor de cabeza?

—Se me ha pasado. Me he tomado otro paracetamol. Pensé que podía dedicarle un poco de tiempo a mi esposa.

—Estoy agotada, Tian.

—Anda, ven a apoyar la cabeza en mi hombro.

Tian la siguió con la mirada cuando fue al cuarto de baño. Tanto Ida como él tenían sesenta y ocho años, y seguían siendo un matrimonio de buen ver. Entonces ¿por qué se sentía tan viejo?

Ida volvió al dormitorio con uno de sus camisones castos, y eso que tenía otros.

—Apaga la luz, por favor.

Solo estaba encendida la lamparita de la mesilla de Tian, la pantalla de seda color arena arrojaba una luz tenue. Tian la apagó. La luna se coló por la ventana y los iluminó con suavidad, y él vio que Ida se quitaba el camisón y se quedaba desnuda en medio de la habitación.

—Quítate el pijama, anda —le pidió.

¿Acaso era un sueño? Tian se levantó y obedeció. Apenas se atrevía a respirar, no fuera a ser que la desnuda Ida desapareciese como un espejismo.

—Al final va a resultar que se me ha pegado algo de Käthe.

Tian no preguntó qué quería decir con eso. Besó a su mujer, y le vino a la memoria una cabañita en verano. Ellos amándose un frío día de diciembre, entrando en calor tan ricamente incluso sin estufa. El recuerdo lo ayudó a volver a sentirse joven y fuerte allí, en su dormitorio. Joven y fuerte como lo era entonces.

—No. No más alcohol, Louise.

—La última. Para dormir bien.

—Estoy hecha polvo —contestó Lina.

—Ven al sofá en vez de ir de un lado para otro. Ya está todo recogido.

Lina miró con severidad a su compañera cuando vio que se servía otro whisky. Antes al menos las copas tenían una parte de fruta.

—Te lo pido por favor, dale otra oportunidad al psicólogo —rogó.

—Más bien estaba pensando en cirugía estética.

—No me lo puedo creer, a estas alturas.

Louise se llevó el dedo índice a la sien y tiró de la piel hacia el nacimiento del cabello.

—¿Te dice algo *El mundo de Suzie Wong*? —apuntó Lina.

—Adiós a los párpados caídos —repuso Louise, estirándose ahora el mentón y el cuello—. Bob dice que tiene clientas que tras cuatro o seis cortes están como recién salidas del cascarón.

—¿Quién es Bob?

—Mi peluquero. Es nuevo en el salón.

Lina se sentó junto a la mujer a la que amaba y con la que vivía desde hacía décadas.

—Lo que necesita ayuda es tu cabeza, no tu cara —aseguró—. Haz el favor de darle otra oportunidad a la terapia.

—De mi cabeza ya no hace falta que te preocupes, la depresión se me pasará en cuanto deje de ver a un vejestorio cada vez que me miro al espejo. Ay, Lina, éramos tan jóvenes cuando nos conocimos...

Lina suspiró. La juventud siempre llega antes de tiempo, justo cuando no sabes apreciarla de verdad.

—He hablado del asunto con Ida. Ella también estaría dispuesta a hacerse algo en la cara.

—Os habéis vuelto locas, las dos.

—No seas tan antigua, en Estados Unidos lo hace todo el mundo.

Lina se levantó del sofá.

—No me lo creo —contestó—. Deberías probar a ver cómo te sienta un descanso reparador.

—Tendría que dormir cien años.

—Y el tal Bob, ¿conoce a algún cirujano?

—Me ha dado su tarjeta de visita.

—Háblalo con Marike. O con Theo.